

PARTE SEGUNDA.

PERÍODO MEDIO.

ALCÁZAR DE SEVILLA.

Cuando llega el período medio de la dominación árabe y nos alejamos de Córdoba, difícilmente podremos encontrar ejemplares de un estilo de transición más definido que los de este Alcázar. Preocupados con la idea de hallar en cada edad un monumento y un pueblo para cada una de las grandes transformaciones históricas, hemos olvidado que sin salir de Córdoba ó de Sevilla nos encontramos rodeados de obras que alcanzan una cronología de cinco siglos á lo menos; en cuyo tiempo el arte tomó tan diversos y extraños caracteres, que fácilmente se nota el síntoma de progresivo desarrollo, que como todo lo grande y trascendente, había de presentar para adquirir la influencia que aún conserva en el presente siglo.

En Córdoba teníamos ejemplos para demostrar el adelanto de aquella civilización que sucumbió con el Kalifato; pero sin duda es más cómodo y más oportuno visitar los alcázares donde se encuentra cuanto lujo y fantasía puede crearse en un tiempo determinado, y el de Sevilla produce

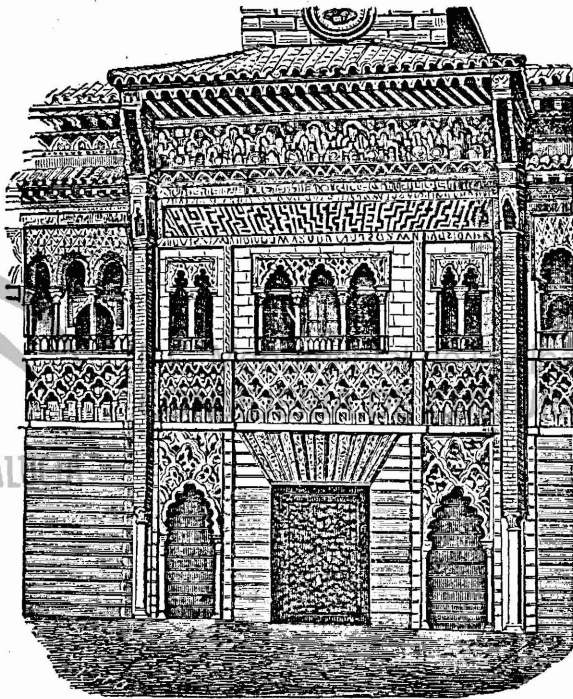
en nuestro ánimo un encanto especial, reminiscencia sublime de antiguas y profundísimas transformaciones sociales ó de inolvidables acontecimientos, que no puede separar de nuestra mente más que el aspecto anti-artístico de la malhadada restauracion, que un afan poco ilustrado de ver el edificio deslumbrante de colores y oro ha podido llevar á cabo con descuido de los preceptos arqueológicos más vulgares.

El Alcázar de Sevilla no es una obra clásica, ni aparece hoy á nosotros con ese sello de originalidad y de indeleble carácter que acusan las obras antiguas como el Partenon, y las modernas como el Escorial; en aquellas por su espléndida sencillez, y en éstas por extrema prodigalidad de dimensiones y de taciturna grandeza. En el Alcázar de Yacub Yusuf ha desaparecido el prestigio de una generacion heroica, y ha venido á representarse en él la existencia de los cristianos reyes que lo vivieron y enriquecieron con las mil páginas de nuestra gloriosa historia. Los almohades, que imprimieron en él sus más puros recuerdos africanos en 1181, y Jalubí, que seguramente habia seguido á Almehdi en la conquista de África, dejaron en sus muros trazearías románicas cogidas en las ruinas de los pueblos dominados. San Fernando, que lo conquistó, Don Pedro I, que lo reconstruyó, Don Juan II, que restauró los más preciosos salones, los Reyes Católicos, que hicieron construir en su recinto oratorios y estancias, Cárlos V que añadió más de la mitad con el estilo modulado de esa época renaciente y sublime para el arte moderno; Felipe III y Felipe V, ensanchándolo más todavía por encima de algunos desenterrados cimientos de los edificios que lo rodeaban, todos y otros muchos de los príncipes y magnates que lo habitaron durante seis siglos, modificaron de tal modo su primitiva construccion, que ya en el día está muy léjos de ser el monumento del arte oriental, por más que lo hallemos cubierto de hermosos arabescos y engalanado con los más vistosos artesones y almocarbes.

Lo que han construido tan distintas generaciones en ese alcázar, le ha hecho perder su carácter mahometano. Convertido en una de esas antiguas casas de señorío pertenecientes á épocas más modernas, no se ven en él las salas voluptuosas del harem, ni el retiro silencioso para las oraciones, ni los baños, ni los estanques, ni los fuertes baluartes sobre que debían apoyarse las galerías, que por los adarves comunicaban con ricas aljorfas labradas en el fondo de los cuadrados torreones. No es que aquí el arte árabe revistiera formas distintas de las que se ven en el resto de España, sino que nunca los palacios fueron construidos lejos de los murados recintos; ántes bien, los formaron con éstos y los unificaron hasta sacrificar la decoracion exterior á los trabajos de fortificacion y defensa. Si hay signos de grandeza cuando nos acercamos á él, no hay que buscarla en su estructura, sino en los cien remiendos y adiciones que ha experimentado, y en las sólidas paredes de los palacios del emperador dominando los restos pulverizados de esos castillos, que protestan siempre de la glacial indiferencia con que han pasado sobre ellos altivas generaciones. Y si por un lado no ofrece duda que este sea el viejo muro ó la antigua y destrozada torre, por otro no encuentra el viajero sediento de las impresiones que dejara el mundo pasado, mas que esos cuadrados recintos, los cenadores y salas rectangulares de las casas del siglo xvi; nada majestuoso como la Giralda; nada, en fin, esencialmente oriental como la mezquita que hemos visitado; nada fantástico y pintoresco como los alcázares granadinos. En él, sólo se ve la crónica de un arte manejado por mil artífices que obedecen á diversas creencias; y que representa el efecto de un juego de niños apoderados del local donde se guardaban las obras de sus sábios abuelos, más que la concepcion apasionada de aquellos terribles agarenos que invadieron en cincuenta años la mitad de la tierra.

Así, pues, hay que desdeñar ese cúmulo de construcciones, portales y pasadizos sin concierto que se encuen-

tran ántes de la puerta del alcázar, y fijarnos en esta primera joya de la diadema, como la apellida un conocido poeta sevillano. Es indudable que hay en la composicion de toda esa portada un origen árabe, y que toda la parte



Fachada del Alcázar, Sevilla.

superior, desde el friso de la inscripcion gótica, es puramente mahometana, segun el estilo pérsico muy usado en los pórticos de las mezquitas del primer periodo en Asia. Sus dos resaltos ó pilastras en toda la altura, y los encua-

drados de labor en la parte baja son propios del árabe; pero los balcones con arcos y columnas bizantinas, capiteles romanos, curvas redondas y angreladas y linteles en los huecos con resortes góticos, son indicios de que la reconstrucción hecha en tiempo de Don Pedro y las restauraciones posteriores, no han cambiado por completo, pero sí han modificado su primera forma. Para nosotros hay en el conjunto pureza y conservación de su antiguo trazado, y algo más de lo que han hallado algunos críticos ateniéndose á la inscripción: otras obras existen, penetrando en el palacio, ménos árabes que ésta. Los escudos y leones entrelazados á los adornos no son nunca parte integrante de su ornato; pues bien puede observarse que para colocarlos debieron sacar motes y escudos mahometanos que llenaban estos pequeños espacios.

Pero pasando esta puerta cuadrada, forma que recuerda al Egipto y que principia á verse cuando ya entrando en desuso el arco de herradura, nos hallamos en el principal patio del Alcázar, dando un rodeo para evitar que desde la calle se vea el interior, el cual ya nos ofrece un conjunto extravagante de líneas que debemos comparar con las del arte pagano y gótico. Las columnas pareadas de los claustros, los cubos apoyados sobre los capiteles que principian á indicarse y se prolongan hasta recoger los apoyos de frisos, cornisas ó aleros de *alfarges*; los capiteles con volutas y hojas, pero despegándose por la parte superior mediante un molduron, *escocia* ancha que más tarde domina en la Alhambra; una cornisa bajo un antepecho ó balaustrada y un corredor como el de cualquier edificio, descomponen toda posible armonía. En sus detalles (1) se nota la hoja picada con globulitos de los de la capilla de Villaviciosa; las piñas y hojas anchas laboreadas con menudas venas de procedencia bizantina; los fondos cruzados y grecas finísimas, y por

(1) En las últimas obras hechas en este Alcázar, ha llegado á cometerse el absurdo de colocar inscripciones árabes á la inversa ó al revés, como se ven en este p. 157.

último, basamentos de alicatados muy hermosos, que han sido copiados de monumentos construidos á principios del siglo xiv. Raro conjunto que recuerda las obras moriscas de Fez, principalmente en los arcos lobulados; pero que se olvida muy pronto en la forma apuntada, ogival, y en la semicircular con jambas prolongadas, que acusan los grandes y centrales arcos de los cenadores. En Marruecos, Túnez, Cairo, Bagdad, en todo el mundo recorrido por los árabes, se hallan cosas semejantes á las muy repetidas del Alcázar de Sevilla, y precisamente por esta confusion es por lo que carece del acento clásico que hemos indicado, y le asignamos el carácter de transicion, aunque del más remoto período.

¿Qué otra cosa significa, que en el patio llamado de *Las Muñecas* se vean ornatos finísimos empleados de cualquier modo en las últimas restauraciones, procedentes del palacio árabe de Granada, traídos aquí para colocarlos sin criterio (1) y haciendo armonía con otros que corresponden á la infancia del arte? Y lo mismo que se ha hecho ahora en el Alcázar se ha venido haciendo desde la conquista; vicio de que se ha librado la Alhambra, porque como aquel monumento no sufrió la gran trasformacion que á este le hizo experimentar Don Pedro I de Castilla para arreglarlo á las comodidades de la córte cristiana, ni se ha visto expuesto á ser habitado frecuentemente por elevados personajes que han dispuesto de gruesas sumas para reconstruirlo á su capricho.

Los trabajos amedinados de los techos son magníficos, porque en ellos principia á comprenderse cuánto el arte cristiano dió de majestad y grandeza á esas complicadas y minuciosas ensambladuras de los edificios más genuina-

(1) En prueba de la falta de criterio artístico que preside en muchos casos, conviene citar que hemos visto en los archivos del Patrimonio Real documentos que se ocupan de haber remitido á Sevilla, á petición del Alcaide de su Alcázar, varios arabescos «de los mejores,» que habia éste pedido para la restauracion que se verificaba entónces. Despues hemos visto colocados estos ornatos de diversas épocas y estilo en las paredes del citado Alcázar.

mente musulmanes, cuando en los templos se principiaban á hacer ricas cubiertas de tirantes ó *alfardas* caladas, con hornacinas, cúpulas ó *almizates*, figurando rombos, estrellas y florones de lazos, cuyo hermoso trabajo no ha tenido rival nunca ni aún en las techumbres góticas de los edificios bretones del siglo ix; no es, pues, extraño que aquí hallemos ejemplares más hermosos que en otros edificios, cuando las bóvedas de colgantes de pequeñas estalactitas no habian tomado su completo desarrollo, y las trazerías de las puertas, siempre espléndidas de labor é incrustaciones, brillaban en este palacio realizándolo extraordinariamente (1). Nótase aquí, que cuando los techos van teniendo cierta magnificencia y lujo, ménos clasicismo se advierte en la decoracion; y como en Fez, se cubren las paredes de tapices en vez de realces de yesería, y entónces se emplea más oro en cornisamentos, anchos frisos, bóvedas, linteles y coronaciones, mientras quedan lisas las paredes, como en las construcciones mozárabes. Habia, por consiguiente, una mezcla de géneros, y tal confusion de ideas, que en ninguna parte se ven como aquí las ventanitas caladas de forma cuadrangular, interrumpiendo las líneas generales de la decoracion; y en otros casos muros tapizados de arabescos, tendidos como tiras ó retazos de alfombras ó mantas de vivos colores que interceptan los grandes paños, produciendo un general aspecto rico y variado, pero nada sencillo, razonado y elegante, que son las condiciones propias del arte en las épocas de mayor cultura.

Recorriendo este Alcázar no se ve otra cosa más que la continuacion de salas cuadradas que se repiten casi con iguales formas y dimensiones, y solo varian algunas veces

(1) Otro de los lamentables excesos de la restauracion hecha en el Alcázar de Sevilla, ha sido el de introducir adornos vaciados en yeso para completar las labores de madera que se habian perdido. Estos quebradizos y súcios remiendos, colocados en los cuerpos movibles de las puertas, producen fatal impresion en todo el que siente la pureza y propiedad con que deben elegirse los materiales de las restauraciones. Así como á nadie se le habria ocurrido recomponer con madera un objeto de bronce, tampoco puede admitirse reparar con yeso ornamentos de madera.

en la composición de las tracerías de los arabescos; estancias sin abrigo, sacrificada en ellas la comodidad á la simetría y alineación de las puertas en los ejes centrales, disposición que no ha podido ser agradable en ningún tiempo. Llegamos á la principal tarbea, la más suntuosa, compuesta desde su zócalo de azulejos hasta la faja de retratos de reyes cerca del anillo de la techumbre, de clásicas líneas con recuadros y anchos frisos, cuyo aspecto sorprende, y cuyos dorados deslumbran; pero á poco que se reflexione se nota cuán extraña aparece esa línea horizontal de ventanitas á media decoración, sin que inmediatamente sobre ellas no arranque la bóveda y cornisa; total altura del decorado que pudiera servir para dos salas, si se interceptase con otro suelo ó piso, pues esta clase de ventanitas debieran dar esa luz de arriba que se derrama melancólica y tibia en todas las estancias moriscas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Jarro árabe.

EL PALACIO.

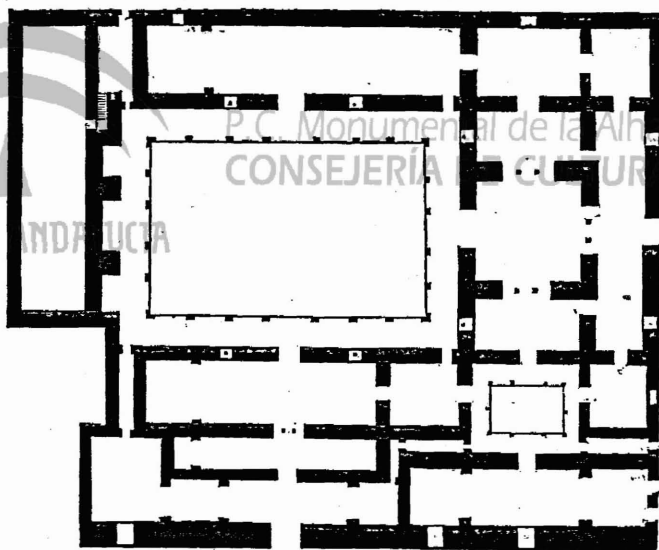
En el año 567 de la Egira (que comenzó el 2 de Setiembre de 1171), según texto árabe, se empezó la obra de este Alcázar (1) por el Sultán Abn-Yacub-Yusuf, el cual construyó al mismo tiempo un puente sobre el río Guadalquivir compuesto de barcas, y restauró las murallas. El mismo rey abasteció de aguas á Sevilla traídas del castillo de Chaber, en cuyas obras y otras muchas gastó sumas considerables. En el mismo texto hallamos que cerca de este Alcázar construyó la novísima Aljama que se terminó el mes de *Dulhicha* de aquel año; habiendo sido el primero que predicó en ella Abulcacin Abderrahman ben Gafir de Niebla. De cuyo dato se deduce que si se hicieron en Sevilla otros alcázares en más antiguos tiempos, debieron haber sido construidos en otros parajes y quizá sobre los vestigios romanos.

Por más que se acierte en la fecha de 1353 á 1364 que se da á la reconstrucción de este Alcázar, no se ve en él la huella del género árabe granadino que por aquel tiempo levantaba el Patio de los Leones tan diverso en su estructura y en la finura de sus ornatos.

El arte en Sevilla llevaba otro camino, era más cristiano y no había llegado á modificarse como en el reinado de los Ansares de Granada. ¡Cómo se distingue á primera vista el arabesco hecho en uno y en otro edificio! Más bizan-

(1) Cartas, pág. 133, traducción de Thornberg.

tino, más tosco, ménos simbólico, más confuso en Sevilla; las inscripciones cúficas, y los mosaicos más ricos y complicados que los que se ven en Granada donde ni las columnas ni los capiteles, ni los gangrelados de los arcos, ni los aleros, ni los techos, ni nada, en suma, se parece á los de aquí. Cualquiera que sea un poco práctico en el uso de estos ornamentos, descubrirá en seguida que no son muy claras en el Palacio de Sevilla las huellas del arte árabe pèrsico y primitivo, del mudejar y del renacimiento, por las mil trasformaciones á que dió lugar el capricho de los que lo habitaron.



Planta del Alcázar, Sevilla.

Constituía este Alcázar en tiempo de los árabes un sistema de construcciones adosadas á las murallas y torres que circunvalaban la poblacion, las cuales no tenian la

forma simétrica de las plantas rectangulares que acusan los edificios del Renacimiento. Tal como hoy se descubre nada tiene de los palacios de Egipto, de Siria ni mucho menos de los de África. Esos andenes levantados al lado unos de otros, dan á este edificio el aspecto de una casa cristiana del siglo xv; y en nuestro concepto sólo merece su planta el nombre de árabe en la parte que abraza el Patio de las Doncellas, la Sala de Embajadores y los aposentos inmediatos á este. El resto está todo trastornado. Los Patios de Banderas y la Montería guiaban al de la fachada principal donde se ostenta el primer ejemplo de decoración musulmana. En todos estos pasadizos no se revela el monumento más que por vestigios de almenas, torres y murallas donde se abrían las primitivas puertas y donde los sultanes tenían aposentos para oír las querellas de sus súbditos, lo mismo que los reyes cristianos perpetuadores de esa antigua costumbre; y en el Patio citado de la Montería todavía se conserva un cuarto llamado de la *Justicia*, donde todos los escritores suponen la celebración de estas audiencias perpetuadas por los alcaldes del tiempo de Don Enrique III. Del Patio Grande hemos ya mencionado esa hermosa portada que no descubre del gusto almohade puro más que su distribución y trazados, mientras sus detalles han sido sacrificados á la influencia mudejar y gótica.

De aquí hasta el Patio de las *Doncellas* habia tres zaguanes interrumpidos por pasadizos que hacían la entrada difícil y misteriosa, pero de los cuales no quedan sino ligeros fragmentos. Ya hemos mencionado la impresión que produce este patio en los que esperaban hallar los estanques, las fuentes y los anditos coronados de cúpulas y minaretes como los del Yemen; aquí no hay nada de aquella fantástica tradición; sólo un enclaustrado ornado de arcos arrogantes y esbeltos interrumpiendo los frisos nivelados de la primera cornisa.

Son los capiteles en todo monumento lo que más le caracteriza, y descubre su origen y estilo peculiar. Los del

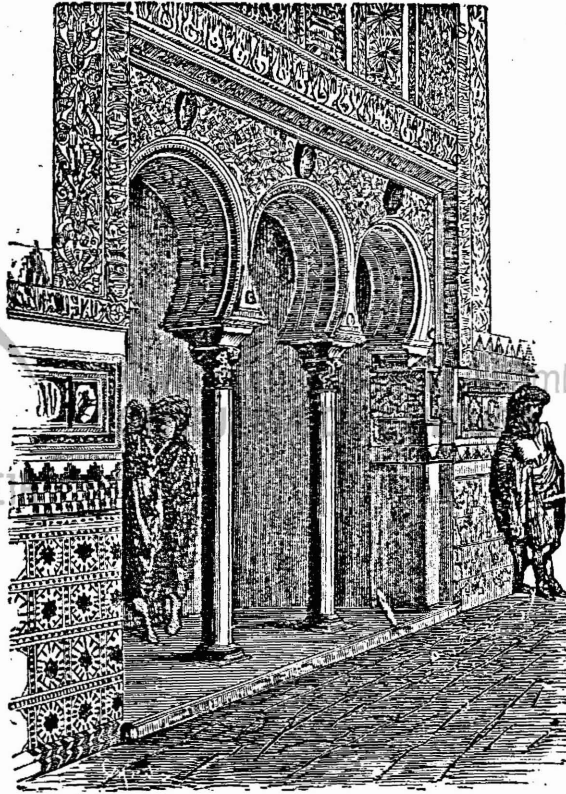
patio de las Dòncellas sobre columnas blancas de Filabres y basas áticas, no son más remotos que de fines del siglo xvi, y áun diríamos posteriores porque plagada está la ciudad de Sevilla de estas hojas de acanto pegada al collarino bajo pequeñas volutas. No así los pilastrones entre arcos que se alzan encima de aquellas, cuya antigüedad remonta á no dudarlo hasta el siglo xiii; en unos las picadas hojas bizantinas, en otros el renacimiento especial sevillano, en otros mudejar, gótico y plateresco, combinaciones caprichosas de gusto delicado y esmerada ejecucion. Los trapecios calados bajo el arrabá de los arcos contienen mezcladas al árabe algunas alusiones de figuras grotescas, que pusieron manos cristianas entre las comarraxias musulmicas. Este gran patio no contaba en su primera obra con la galería segunda que alzaron despues destruyendo el hermoso alero de peral, que avanzando cerca de tres pies libraba á los arabescos de las lluvias; algunos entrecanes y nichos de él se han visto en las modernas armaduras ó cubiertas del edificio.



Pebetero (detalle).

Hay tres grandes nichos ó huecos en el lado de la capilla, que algunos creen tronos ó divanes que el rey Don Pedro utilizaba para dar audiencias. Para nosotros son tres pasadizos tapados que comunicaban en tiempos agarenos con

el serrallo, situados seguramente, á juzgar por la planta peculiar de los antiguos alcázares, frente á la sala principal ó *Algorfia* que luégo fué de Embajadores; y porque las salas con alhamies que hay á un lado y otro del paraleló-



Tres arcos del Alcázar de Sevilla.

gramo de este patio son habitaciones moriscas exclusivamente, aunque modificadas hoy con techos del renacimiento ó con groseras imitaciones pintadas, en lugar de los plafones caídos, donde se ostentan escudos, orlas y motes

de los Reyes Católicos, del Emperador y cúficos del rey Don Pedro.

En algunos frontales de los patios y cuartos interiores, hay una labor enteramente igual á la que guarnece las pinturas de los tres techos de la Sala de Justicia en la Alhambra, y apuntamos este dato como recuerdo de las controversias sobre el origen de estas raras pinturas mahometanas.

Los techos de los cenadores son de un almedinado hermoso, trazado sobre el lugar con exacta combinacion, trabajo en el cual sobresalieron los árabes. Y los pavimentos se hallan formados de mármoles blancos, limpios y lucientes, alternando con otros de azulejos que han ido desapareciendo reemplazados con poco tino y mala colocacion.

Es necesario pararse á contemplar por última vez esos arcos que no se ven más que aquí, en la portada, en la Casa de Pilatos y en los edificios del siglo VIII en Oriente; poco constructivos, de curva arbitraria, sin apoyos ni sostenes, apenas se esplicarian sino fuesen decoraciones colgadas y sujetas como tapicerías á los muros que ni se ven ni se adivinan en los intercolumnios. Forma extraña que es elegante á causa de los lóbulos, de la ojiva y de los arranques de herradura que poseen, cuyos tres elementos normalizaron más tarde los arcos de la Alhambra, de Fez, Tunez y Cairo, con su actual apariencia de centros divergentes.

El segundo cuerpo ó galería añadida á la antigua construccion es aditamento de poca importancia; pero hermoso patio si se atiende á todas las modificaciones de su estilo, y cuyos zócalos ostentan preciosos alicatados de una admirable delicadeza. Marcadas puertas en sus frentes conducen al Salon de Carlos V, de Embajadores, y á los del Caracol ó de Doña María de Padilla; son de ensamblados cortados en polígonos que las cubren por ambas caras, cuyo hermoso trabajo lo han restaurado con plastones groseros de estuco torpemente pintados.

La de Embajadores, sala cuadrada de solemne aspecto,

con cuatro frentes compuestos de arcos elevados que cobijan ajimeces montados sobre columnas delgadas, y cuyos pequeños arcos tienen más de medio círculo sin la forma característica de la herradura, curvatura de transición descendente. Los capiteles degenerados del greco romano, pero el gran arco decorativo de ajaracas, aunque de curva árabe, carece de los dos cuadrados de altura desde el suelo de la tarbea, perdiendo en ello galanura y elegancia. Los espacios triángulos ó enjutas no son originales; su labor está interrumpida lo mismo que los paños interiores de su frente ó arrabá, donde se abren celosías como escapadas del tímpano del ajimez. Un ancho friso de fingidas ventanas ó claraboyas se halla hermosamente tendido encima, y todavía más alto, una geométrica faja de almocárabes; después los añadidos arquitecturas y sostenes sobre que descansa la techumbre. Los basamentos de alicatados, las puertas de ensambladuras y toda la decoración lujosamente iluminada por los colores y el oro se prodigan hasta la exageración. Abiertos los balcones á manera de tribunas sobre los arabescos, son con sus cartelas de águilas chapeadas, baldon eterno del que mandó colocarlos. Lo mismo podemos decir que los retratos en cuadritos góticos hechos bajo la hornacina de colgantes son extraños en este lugar, y los dorados puestos sin el fino ornato de azules escarlatas y negros que siempre adelgaza estas boveditas cuando son hechas por árabes. La cúpula esférica de alfardas alicatadas formando estrellas de polígonos simétricos, pudo fabricarse para poner en ella vidrios de colores transparentes á una luz más alta, pero que ha venido á ser hoy decorada con pequeños espejitos de mezquino efecto. Los mosaicos han sido restaurados con piezas más grandes que las antiguas, y las columnas de jaspe parecen románicas, nunca árabes, como otras muchas de templos ó basílicas de decadencia, así como los capiteles poco uniformes é impropios de la columna parecen obras mozárabes como otras muchas de las mezquitas sarracenas.

No es aquí el tipo de las inscripciones africanas tan bello ni tan puro como el del Cuarto de Comareh de Granada, pero en cambio el carácter clásico del cúfico es en este alcázar más uniforme y sencillo. Las labores de hojas, piñas, palmas y conchas se enlazan á las cintas y perfiles geométricos, adorno que no se ve despues del siglo XIII; y las ventanitas cuadrilongas sobre las puertas, y los cornisones é impostas románicas, y los recortes góticos, y los escudos de labores interrumpidas nos presentan este palacio como la obra de muchas generaciones que carecian de la conciencia del arte.

El Patio de las Muñecas, cuya forma parece más selecta y á la cual han dado en llamar granadina, es un cuadrilongo con un cenador abierto de arcos grandes y pequeños de buena simetría. Su ornamentación es efectivamente de la aventajada época del arte musulmánico; el repartimiento más armónico, las curvas de los arcos aperaltadas y esbeltas como las del patio de los Arrayanes de la Alhambra; los pilares cúbicos sobre los cimacios de los capiteles y las alturas de las columnas, son casi iguales á las de los arcos con la cornisa; y si los antepechos del segundo cuerpo fueran celosías de madera y no hubieran cambiado de posición las formas romboidales y los polígonos en las últimas restauraciones, este patio sería un ejemplar perfecto del último período del árabe floreciente. Muchas inscripciones tiene colocadas á la inversa.

Hay despues una porción de salas cuadradas en cuyos adornos se hallan mezclados detalles de pura fantasía, enlazados con cresterías góticas y ornatos de puro renacimiento. Digna de notarse en todo el edificio es esa transformación constante de formas las más abigarradas, representando la historia del trabajo humano en períodos caracterizados por influencias extrañas y respetables.

Se halla este alcázar lleno de recuerdos preciosos que no entran en el dominio de este estudio y los cuales le dan cierta importancia tradicional de sangre y de crueldades.

Para alimentar la fantasía, visítense los que fueron baños de Doña María de Padilla, los jardines, el estanque, las salas ó dormitorios del piso alto, con emblemas atribuidos á Don Pedro, y ornatos bizarros de todo género; la Sala del Príncipe y el Oratorio con mosaicos platerescos y rompimiento gótico, y una multitud de cuartos, pasadizos, el patio semi-mudejar del jardin del Leon y otros que los recuerdos engalanan, constituyendo un palacio sin gran-



Baul árabe.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

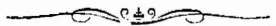
de originalidad, pero embellecido con las obras de seis siglos de continuo trabajo artístico. El incendio de 1762 acabó de cambiar su aspecto porque se quemaron techumbres artesonadas, comarraxias de alerce y ricas ebanisterias, cuyo desastre produjo en 1805 una modificación en la entrada y cuartos adyacentes, en el techo de la Sala de Embajadores, y en los departamentos que se llamaban del Caracol, del Yeso y del Príncipe; unido todo á las restauraciones que ya hemos mencionado de 1843 y á la tan novísima reparacion que cubrió de colores los antiguos vestigios árabes, le privó del venerable aspecto de antigüedad que deben conservar á toda costa los monumentos.

No fué el palacio del rey Don Pedro el único construido en Sevilla; cerca de éste y bajo la misma alcazaba se alza otro restaurado en la misma época, y que se ha dejado perder hasta el caso de que no queda hoy más de una sala

que muchos han creído ser la Sala de las Justicias, de aquel monarca. Este aposento es elegante aún después de haber perdido muchos arabescos, y de estar cerrado del lado donde se abría á un ancho patio, cuyos restos hemos estudiado, y á varios anditos con pavimentos de rasillas y esmaltes en grandes tamaños, de los cuales existen hermosos fragmentos. La cubierta es un almizate de gran estructura, y sus paramentos una distribución bizantina tan pura como elegante. ¿Sería el antiguo palacio de Abdalaxis, á pesar de sus inscripciones? ¿No se cambiarían estas como se ha hecho en muchos alcázares mahometanos? Todo nos indica aquí la existencia de un edificio anterior al siglo IX, y de alguna más grandeza é importancia que la que tendrían los castillos habitados por los Walies.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

INSCRIPCIONES ÁRABES

DEL ALCÁZAR.

Rara es la inscripcion que en este monumento se ofrece al arqueólogo con un verdadero interés histórico ó literario; ni esos fragmentos de los poemas ó casidas que hay repartidos en los muros de la Alhambra, se descubren en este Alcázar para reposar la vista y hablar á la inteligencia, realzando las heróicas hazañas de los caudillos y los primores de sus afligranadas estancias. Aquí se lee el korán con sus repetidas salutaciones y alguna otra alabanza á Don Pedro, en la que se han suprimido los nombres de los sultanes mahometanos y la palabra islamismo; pero conviene notar que la mayor parte de estas incripciones son iguales á las empleadas en el Alcázar granadino, tantas veces traducidas, y sería tarea larga y enojosa acompañar á la descripcion artistica la relacion cien veces repetida del mismo versículo, hallado en diferentes aposentos, y otras tantas interrumpido por las manos torpes que tratando de reparar la fábrica sin conocer aquella antigua lengua, han llegado hasta á colocarlo al revés ó con la letra hácia abajo, por lo que renunciarnos á tan pesado relato que el curioso hallará cumplido en libros especiales, ciñéndonos nosotros á una reseña breve de lo más esencial.

En la fachada y puerta principal del Alcázar al rededor de ajimeces y otros parajes, se leen las suras y versiculos conocidos:

«Gloria á nuestro señor el Sultan.»

«La gloria eterna para Alá; el imperio perpétuo para Alá.»

«Salvacion permanente.» «Bendicion.»

«El reino á Dios, el poder de Dios, la gloria á Dios.»

«La felicidad y la paz y la gloria y la generosidad y la felicidad perpétua.»

«En la próspera fortuna es único este Palacio.»

Y como notable la inscripcion: «*No hay más vencedor que Dios,*» colocada por arriba y por abajo en el ancho friso de azulejos de leyenda cúfica; obra de azulejero granadino en nuestra opinion.

Sigue el vestíbulo donde con poca diferencia se repiten los mismos conceptos, variando los caracteres africanos en cúficos y neskis. En el friso ó faja general alterna la siguiente:

«La felicidad y la prosperidad son beneficios del sustentador (Dios).»

«Etc., etc.»

Y luego:

«Gloria á nuestro señor el Sultan Don Pedro. Sean magnificas sus victorias.»

En el Patio de las Doncellas tenemos próximamente las mismas saluciones mencionadas, con poca variacion.

«Alabanza á Dios por los beneficios... etc.»

Nótase en todas estas inscripciones, ya publicadas como hemos dicho (1), que aquí les han suprimido la palabra islamismo, lo que prueba que los artistas eran los mismos árabes que bajo el dominio cristiano aprovecharon sus fórmulas tradicionales, borrando la parte religiosa del verso.

En un friso del mismo patio:

«Gloria á nuestro señor el Sultan Don Pedro, ayúdele Dios, hágale victorioso.»

«Etc., etc.»

(1) Véanse las del libro de D. Emilio Lafuente Alcántara y se hallarán todas estas con el aditamento islámico.

Siguen una multitud de inscripciones sin importancia, donde se repite: «La felicidad, La alabanza, La grandeza, Dios es único. El cumplimiento de las esperanzas,» y esta más digna de atención: «Dios es único, Dios es eterno, no engendró ni fué engendrado ni tiene compañero alguno,» cuyo mote se encuentra también en Granada en la Puerta del Carbon, con caracteres cúficos, y demuestra que no pudo ser hecho bajo la dominación cristiana por estar en completa oposición con la religión del Crucificado, y por lo tanto, que Don Pedro aprovechó la obra de Yusuf en cuanto pudo (1).

En todas partes se encuentra también «Sólo Dios es vencedor» mote que usaron los Almoravides ántes que los Nasaristas, en contradicción de lo que se ha creído hasta ahora.

En unas puertas que como todas las de este edificio, han sufrido muchas restauraciones, se halla la más interesante leyenda.

«Mandó el Sultan nuestro Señor engrandecido, elevado, Don Pedro Rey de Castilla y de Leon, perpetúe Dios su felicidad, al Jalabí su artífice se hicieran estas puertas de madera labrada para esta magnífica portada de la felicidad, lo cual ordenó en honra y grandeza de los embajadores..... En su construcción y embellecimiento deslumbradores, resplandeció la alegría, en la labra se emplearon artífices toledanos y esto fué el año engrandecido de 1404.

»Semejante al crepúsculo de la tarde y muy parecida al fulgor del crepúsculo de la aurora (es) esta obra en torno resplandeciente por sus colores brillantes y por la intensidad de su esplendor, del cual brota en abundancia la ventura para la ciudad dichosa en la que se levantaron los palacios, y estas mansiones que son para mi señor y dueño, único que da vida á su esplendor, el Sultan pio y severo

(1) Los artistas que supone el erudito Sr. Amador de los Ríos, que vinieron de Toledo para construir este Alcázar no pudieron hacer en él mas que restauraciones y obras para trasformarlo.

quien lo mandó hacer en la ciudad de Sevilla con la ayuda de su intercesor para con Dios.....» (Africano) (1).

En la Sala de Embajadores se repiten las conocidas y en la Cámara de la izquierda se lee:

«¡Oh entrada del aposento de nuevo resplandeciente y elevado; Señor de proteccion, de magnificencia y virtudes!»

En el Gabinete de Doña María de Padilla siguen fórmulas religiosas, laudatorias é invocaciones; lo mismo que en la Antesala de las Armas y Sala de los Príncipes, etc.

En el Patio de las Muñecas y en el arrabá del arco que da paso á él se halla:

«No hay proteccion sino de Alá, en quien confio y á quien volveré.»

«Todo lo que poseis procede de Dios.»

«Etc., etc.»

Y en el Patio de las Muñecas (cúfica):

«¡Oh dueño incomparable nacido de estirpe régia, protéjale.....»

«Alabanza á Dios por sus beneficios:»

«Dios, mi rabi.»

En el dormitorio llamado de los Reyes Moros, entre otras conocidas aparece:

«¡Oh exclarecida morada nueva. Fué aumentado tu esplendor dichoso por el brillo permanente de la mayor hermosura. Así escogido (dónde) se celebran las fiestas. Él (es) amparo y régulo de todo bien, manantial de beneficios y sustento de valor! Para tí.....»

Como dijimos al empezar este capítulo, serian interminables las repeticiones si continuásemos insertándolas; por lo que suspendemos el hacerlo, dadas las principales inscripciones, para ser ménos molestos al lector.

(1) Esta inscripcion, como todas las del Alcázar, la copiamos en nuestro último viaje á Sevilla en 1867. Otras muchas las hemos comparado nosotros con el texto del libro de las inscripciones de Granada que publicó el malogrado Lafuente Alcántara. Las de D. Rodrigo Amador de los Ríos son más completas.

MURALLAS, PUERTAS, TORRES

Y OTROS MONUMENTOS.



Difícil tarea es la de indicar siquiera esa multitud de baluartes que la dominación musulímica levantó en Sevilla sobre las ruinas fenicias y romanas, para defenderse á falta de montañas en sus dilatadas llanuras y á las orillas del río más caudaloso del Andalúz. Cuentan la existencia de muchos palacios en sus cercanías, de los cuales apenas existen ligeros vestigios, y que sirvieron de deleite y recreo á las diversas familias dinásticas que por conquista los poseyeron; pero siempre aparece como morada principal, el que hoy se conserva, profundamente modificado desde que lo habitaron el rey Don Pedro y sucesores. Este se extendía ocupando un inmenso recinto que llegaba con sus jardines y muros defensivos hasta la torre del Oro, frente de la cual habia un puente de barcas perfectamente amarrado, que mandó colocar Yacub en 567 de la egira, y donde construyó una puerta llamada de *Cheuhar* desde la que se bajaba al río por medio de anchas gradas y muelles (1). El sitio designado en la crónica concuerda con los edificios modernos; pero no estará demas citar un suceso en corroboración de aquel texto.

Varios historiadores árabes refieren esta bella aventura:

(1) Cartás, pág. 138, texto árabe.

«Paseándose un día Almotacid en el Prado de Plata *March-Afida*, situado en las márgenes del Guadalquivir, aconteció que la brisa rizó las aguas del rio, y Almotacid improvisó este primer verso :

«*La brisa convirtió el agua en coraza.*»

Rogado el poeta Abenamar para que lo concluyese y no encontrando una réplica instantánea, dijo una jóven del pueblo, que se hallaba en la misma orilla :

«*Coraza magnífica y fuerte de combate,
si el agua en efecto se hubiese congelado.*»

«Maravillado de oír improvisar á una jóven ántes que á Abenamar, tan renombrado por su talento, Almotacid la miró con atencion, y sobrecogido de su hermosura, llamó á el eunuco que le seguia, y le mandó llevase la improvisadora á su palacio, al cual se apresuró á volver. Cuando la jóven llegó á su presencia, le preguntó quién era y cual su estado.

»—Me llamo Romuiquia, porque soy esclava de Romuia, y en cuanto á mi profesion, soy muletera, contestó.

»—¿Decidme, sois casada?

»—No, príncipe mio.

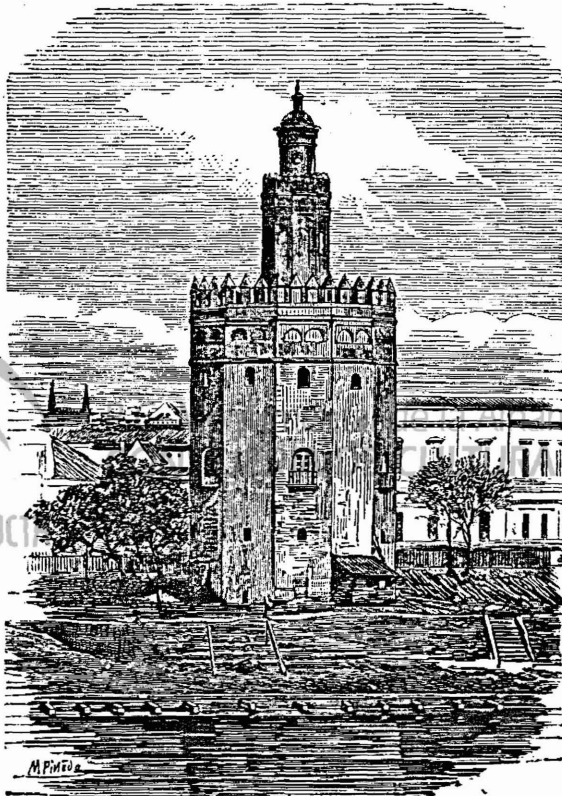
»—Tanto mejor, porque voy á compraros y á casarme con vos (1).»

El Alcázar se extendia á la orilla del rio hasta la Torre del Oro, construida en el reinado de Yusuf Almotacid Ben Annasir, por un gobernador almohade nombrado Abulalá que mandaba en la poblacion; y la obra tomó el nombre de *Borch Adahab* (2) que ha conservado, así como se nombró Torre de la Plata la que habia cerca y dió nombre al prado

(1) Abbad, t. II, págs. 151 y 152. Dozy, Hist. des Musulmans d'Espagne, t. IV, páginas 139 y 140. Almacari se ocupa tambien de esta aventura. Ed. Dugué, etc.

(2) Cartás, pág. 212, trad. de Thornberg.

donde ocurrió la aventura arriba contada, cuyo extenso paraje está dibujado en un plano antiquísimo de Sevilla (1) en el que se ve también la muralla de todo el recinto del

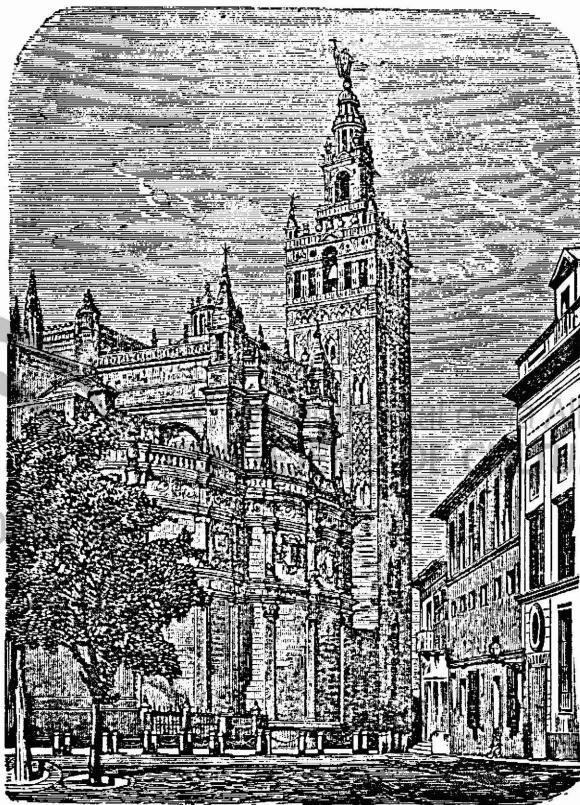


Torre del Oro.

Alcázar, incluyendo la Puerta de Jerez, ó lo que es lo mismo, formando un triángulo desde la plaza que en dicho plano se nombra del Palacio, siguiendo la línea al Postigo

(1) Urbium Prae Ciprarum totius Mundi.

del Carbon , lindante con la citada Torre de la Plata, hasta su extremo ó Torre del Oro, y volviendo despues por su espalda á la orilla del rio y fosos. La citada aventura de la Romuia indica que el Prado de la Plata estaba aquí; así co-



La Giralda.

mo tambien lo sucedido en el sitio de Sevilla por los Almoravides, cuando Almotacid arrojó del patio del Alcázar á un escuadron de ellos que penetraron por sorpresa, combatiéndolos hasta la orilla del rio, donde los dispersó (1).

(1) *Ibid.*, pág. 241.

Circundada de gruesos muros, cuya mitad se alzaba sobre los arenales del río, y la otra parte ceñida de fosos que se llenaban con las aguas de aquel, contaba Sevilla á fines del siglo xvi numerosos vestigios árabes, que han ido desapareciendo poco á poco, pero que el atento arqueólogo descubre sin trabajo. Todavía en el siglo citado contenía dentro de murallas la más numerosa población de España, no inferior á la de los Almoravides, con su puente de once barcas, donde se halla próximamente hoy el de hierro. Alcanzaban las murallas una circunferencia lineal de más de 17.000 metros con torreones de argamasa morisca y 12 puertas decoradas de ladrillos rojos, á la usanza de la Giralda. Los tres arrabales que hoy cuenta existían ántes de la conquista poblados de judíos, y las espaciosas casas que encierra no lo fueron así siempre, pues han sido copiadas más bien de los muchos palacios árabes que había entre esos copiosos arrabales constituidos por las apiñadas moradas de los mahometanos.

Los nombres de las puertas, según el plano de 1565, eran entónces, del Arrenal frente de Triana, la de este nombre á la derecha, y luego la de Goles, de San Juan, Almenilla, Macarena, Córdoba, del Sol, del Osario, de Carmona, de la Carne, de Jerez, del Carbon, de la Plata y otras que han sufrido modificaciones y perdido su carácter sarraceno; pero cuyos nombres son en algunos casos semejantes á los que se conservan todavía en Córdoba y Granada.

En toda la hermosa ciudad de Sevilla hay casas más ó ménos importantes, que revelan el gusto desarrollado en el Alcázar del rey Don Pedro. La de Pilatos es su reproducción en menor extensión y riqueza, donde los mosaicos, arcos, capiteles y frisos se ven como representando el barroco del árabe, y donde figuran el gótico de la Catedral y el renacimiento de Carlos V, entre las hojas bizantinas y las tracerías mocárabes. Es una casa solariega del siglo xvi que demuestra la existencia de centenares de otras donde se hallaban mezcladas como aquí, fábulas de la mitología en

esculturas, vasos y pavimentos: modelos mutilados del paganismo, antigüedades, bibliotecas, tapices, tablas italianas, retratos en las techumbres y frisos, fuentes, etc., y cuanto cabia en estas mansiones señoriales, donde se refugia el furor del renacimiento y la instruccion artística y literaria de la época, bajo el espíritu de religiosa altivez que sellaba todas estas obras. Piadosas tradiciones renacen á cada paso en estos edificios, de las cuales no debemos hacernos eco, por las mil vulgaridades que alimentan.

Estudie el viajero la *Cella* de la Capilla con bóveda oji-val, rellena de arabescos, la escalera con bellos alizares y techumbre, y otros muchos objetos que proceden de la antigua Sevilla ó quizá de las ruinas de Itálica, donde se han hecho inmensas escavaciones desde los últimos veinte años, para cuyos detalles y su historia creimos oportuno ántes de esta fecha, tomar el croquis de tan interesante ruina, segun lo consignamos, como estudio comparativo de diversas edades.

El Palacio de los Duques de Alba ó de las Dueñas, la casa de Abades, la de Bustos Tavera y otros que nos contó Zuniga, son y eran ejemplares de ese arte indefinible que no tiene verdadera expresion caracterisca, el cual se levantó en mil caprichosos edificios majestuosos en su conjunto, y de los que ninguna poblacion tuvo tantos como esta. Su descripcion sería fatigosa, ciñéndonos por tanto á marcar la obra más interesante del arte puro arábigo, que es allí la Giralda ó antiguo minarete de la gran mezquita que ocupaba el asiento donde se construyó despues la Catedral que hoy existe, la cual ostenta más que otro edificio en sus fachadas por el lado de la Puerta del Perdon, la continuada transicion del árabe al gótico y hasta al renacimiento, mezcla extraña que, como ya hemos dicho, no toma jamás carácter propio y expresa ideas incoherentes de tiempos muy distantes.

La Giralda es, pues, el monumento más expresivo de la dominacion agarena y el que, á pesar de lo que se ha dicho

sobre su estructura mauritana y estilo primitivo africano, es para nosotros una obra perfecta del arte árabe. Distante su construcción cuatro siglos á lo ménos de la de alguna torre granadina, como la que hoy pertenece á la iglesia de San Juan de los Reyes, no existe diferencia en la manera de ornamentar una y otra, y sus rombos de ladrillos agramilados, sus festones de barro cocidos, y los ajimeces con los angrelados y lóbulos, manifiestan arcos ó segmentos de curvas con todas las variantes del alcázar granadino. Aparece en ella perfectamente el origen del arco apuntado sobre estirados arranques del mirador de Lindaraja de la Alhambra, el de colgantes de las tres entradas al Patio de los Leones, el festoneado del Patio del Estanque y todas esas formas que tomaron despues tal lujo y delicadeza, como no se vió en parte alguna. Es en la Giralda donde se hallan los principios del verdadero arte decorativo, fabricado con ladrillos *almadravas* de robusta construcción, como lo exigia la fachada de un elevadísimo alminar. Lástima que tan hermosa torre se halle coronada por un cuerpo tan extraño, que no nos permita figurarnos su antigua cúspide, sus remates dorados y sus brillantes azulejos.

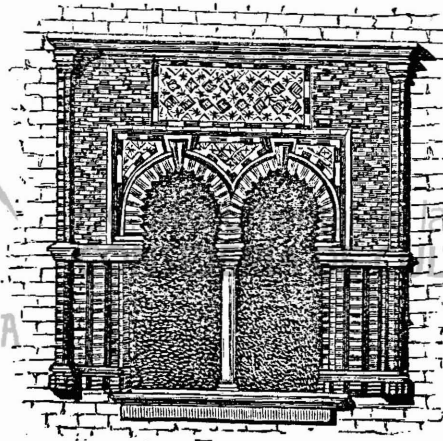
Hé aquí un precioso texto árabe (1) sobre la fundación, antigüedad y hermosura de este monumento:

«Yacub Almanzor el año de 593 (que empezó el 23 de Noviembre de 1196) terminó la Aljama y levantó la Torre, cuya manzana hizo hermosísima y de tal magnitud, que no cupo por la Puerta de los Almoedanos, hasta que tuvieron que quitarse los mármoles de ella para darle más cabida; y el peso de las columnas que sustentaban la dicha manzana era de 40 arrobas de hierro. Abuleit Alocaili, el inspector de la obra, fué quien la construyó y elevó á la parte alta del alminar. Aquel mismo monarca fué el que mandó construir la fortaleza de Gznalfarache.» etc., etc.

En otras iglesias y torres, se halla el estilo mudejar pro-

(1) Pág. 151 de Thornberg.

pio de las transformaciones que han sufrido. La de *Omnium Sanctorum* ocupa un distinguido lugar. Las de San Nicolás, San Márcos, Ermita de la Virgen, Santa Catalina, Santa Marina y otras muchas ofrecen curiosos ejemplares de purismo y transición; porque estos templos sirvieron en muchos casos alternativamente de iglesias y mezquitas en un período de cinco ó seis siglos, tiempo suficiente para señalar las modificaciones del arte árabe.



Ajimez, en Málaga.

Existen en Sevilla y otras poblaciones obras tan importantes con las influencias mahometanas, que hasta el gótico sufre modificaciones sensibles, como se ve en los raros ejemplares de un dilatado período de cuatro siglos, los cuales carecen de carácter propio y han tomado formas características de los materiales usados en ellos, particularmente por los finos ladrillos que se emplearon.

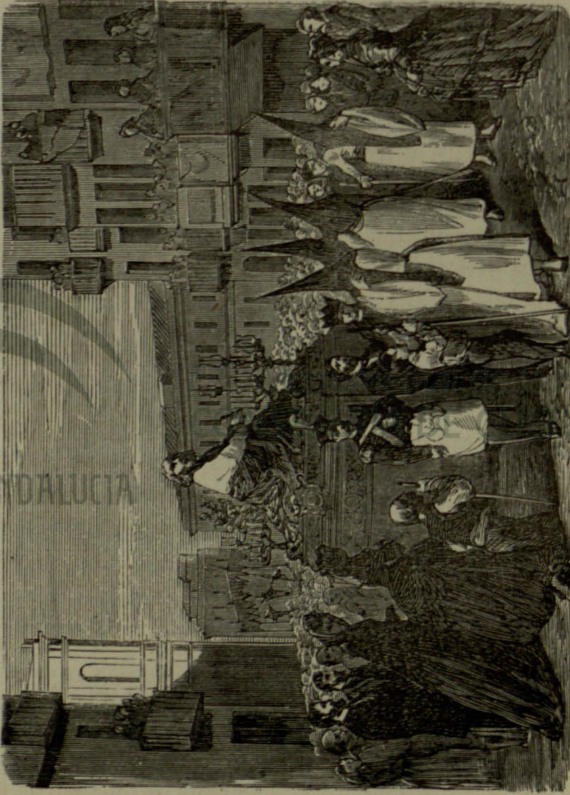
En Écija, Ronda, Jaen, Málaga, etc. hay multitud de estas interesantes construcciones de ladrillos agramilados, que constituyen un brazo importante de ese arte que arraiga en la más remota antigüedad, y que se ciñe á las diversas trasformaciones de los tiempos y del genio de las distintas razas.

Como la Torre de Don Fadrique, hay restos de otras muchas, ya en ruina, que fueron minaretes ó fortificaciones, los cuales suelen ostentar ajimeces, arcos de herradura, almenas é incrustados curiosos para los artistas, porque no han sido restauradas como la Torre del Oro para que desaparezca el hermoso color que el tiempo les imprime. Su forma poligonal de ocho caras debió decorarse como las de la antigua Palermo, con un orden de galerías simuladas, cobijando tragaluces de arcos bizantinos repetidos y pequeños, y terminaria con la cresteria acostumbrada, como obra de defensa.

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

— — — — —



Procesion, Sevilla.

JUNTA DE ANDALUCIA

Ilustración y Generalife

TIEMPOS CRISTIANOS DE SEVILLA.



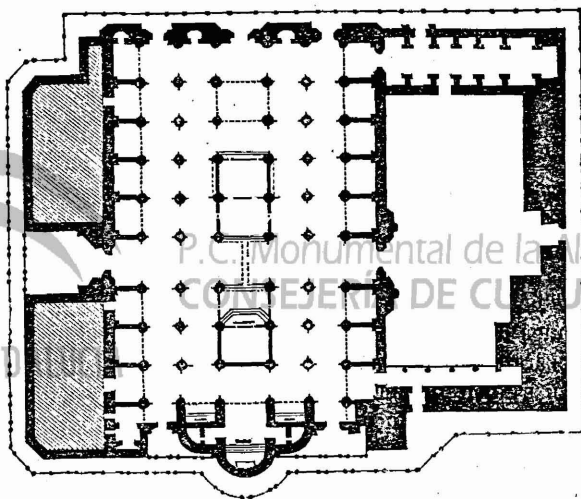
Como hemos hecho en Córdoba, citaremos algunos monumentos cristianos que no pueden olvidarse por su importancia y que en muchos casos sostienen la influencia histórica sobre la comparación ilustrada de la época árabe. Raro es no hallar en ellos un vestigio, un recuerdo ó un capricho de ornamentación que no nos traiga ó la memoria aquel estilo.

La catedral es gótica de decadencia, perteneciente al comienzo del siglo xv, pero magestuosa en sus elevaciones y colosal en el grupo de construcciones diversas que encierran sus robustos apoyos. No tiene en verdad la gallardía de la de Búrgos ni la de Leon y otras del Norte, pero está cubierta de bóvedas atrevidas, crucero, formaletes, contraestrivos y de un centenar de empujes tan bien distribuidos, que su construcción nada deja que desear. Prescindiendo de algunos florones y pináculos de un adorno poco original, bastardeado por las influencias mozárabes, tiene tres magníficas puertas en su frente, bellas y bien labradas, con notables esculturas, hornacinas y umbrelas del mejor gusto. En vano se esfuerzan Cean Bermudez y otros por hallar el arquitecto que las inventó y plantilleó, nunca se halla; pero en cambio aparecen muchos maestros desde Pero García hasta Hontañon, que todos depositaron en su recinto las fantásticas obras de los tiempos.

Tiene de longitud 378 piés y de latitud 254, dividida en cinco naves con nueve puertas, algunas empavesadas de bajos relieves y estatuas de barro cocido. Los grandes pilastrones ó columnas bareteadas en número de 36 sostienen 68 bóvedas, entre las que se halla la del crucero, más alta que las otras. La capilla mayor se halla cerrada por su espalda con un muro ornado de estatuas sobre repisas del año 1522 y por el frente tres elegantísimas rejas platerescas, presentadas en 1523 por Idrobo, que las remató.

El altar mayor es un retablo gótico tallado en madera y principiado por Dauchart en 1482, con hermosas figuras representando pasajes de ambos Testamentos, hechas, según Bermudez, por Aleman y Alejandro. Esta capilla tiene una sacristía con esculturas y lienzos notables. El pequeño tabernáculo de plata es de Alfaro (1596). El coro, colocado

en la 4.^a y 5.^a bóveda de la nave central, tiene hermosas verjas plateadas como las anteriores y sillería gótica de conocidos autores, así como el facistol y los libros que son interesantes. Deben verse las pinturas de Murillo, Céspedes y Pacheco que hay en la sala Capitular, así como esta construcción. Lo mismo debe visitarse la sacristía mayor, no por el interés que ofrecen sus muros, sino por las excelentes obras de arte que encierra, del pincel de Murillo, el famoso tenebrario de Morel, la custodia de plata de Juan Arfe, los viriles, la llave del moro que entregó la ciudad, las tablas alfonsinas y otras preciosidades.



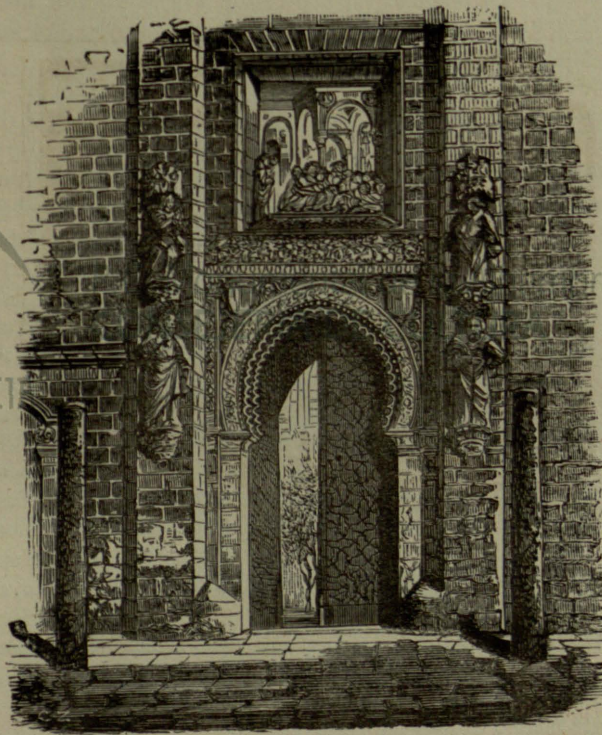
Planta de la Catedral de Sevilla.

No olvidemos la sacristía de los cálices, donde está el magnífico crucifijo de Montañés, una Dolorosa de Morales y Santas de Goya.

La capilla Real es notable, pero no singular; en ella están los sepulcros de D. Alonso el Sábio y doña Beatriz. En el altar se encuentra la urna de plata que contiene el cuerpo de San Fernando. Los restos de doña María de Padilla, de D. Fadrique, etc. están en la cripta, y en la capilla el pendon de la conquista y la espada de San Fernando. La verja es notabilísima.

La capilla del Baptisterio encierra dos de los mejores cuadros de Murillo, el uno pintado en 1656 del cual fué robada la figura de San Antonio el 5 de Noviembre de 1874 y devuelta algun tiempo despues, por haberse encontrado en New-York.

Hay muchas capillas de más ó ménos mérito, por las obras que guardan: La de San Pedro, los lienzos de Zurbarán; la de Belen, con una vírgen de Alonso Cano; el retablo y sepulcro de la capilla de Scala; la del Angel de la Guarda; un cuadro de Murillo; el antiguo retablo de Santa Ana; y la estátua de San Hermenegildo, de Montañés, con el sepulcro gótico del Cardenal.



Puerta del Perdon, Sevilla.

La capilla y sacristía de Nuestra Señora la Antigua, está adornada con lujo, esplendidez y buenas obras de arte de los estilos conocidos; la de San Pablo con un gran crucifijo; la de la Purificacion con entrada á la contaduría, donde hay un San Fernando de Murillo; la de la Pier-

na ó «Gamba» por un escorzo que hay de Vargas, bien diseñado, y otras hasta el número de 37, con obras de excelentes pintores, andaluces la mayor parte y de reputacion indubitada.

Se entra ordinariamente á las oficinas de la catedral por el patio de los Naranjos, dispuesto como los de las mezquitas, lo que da á todo un carácter oriental. En él hay arcos de herradura, cartelas moriscas, cresternas almenadas y algunos arabescos más hermosos en sus detalles que los del alcázar, porque la gran mezquita de Yacub, construida en este lugar, fué obra bizantina, con la influencia pérsica de los primeros siglos de la egira. La puerta del Perdon es enteramente mudejar y todas las otras tienen más ó ménos detalles árabes, como olvidados de la destruccion. Se entra tambien por el patio al Sagrario, obra de decadencia (1662) donde hay un medallon en el altar del centro, de Roldan, y una imágen de San Clemente, de Cornejo.

Es notable el grande y colosal monumento que ponen ante las puertas de la catedral los dias de Semana Santa.

Despues de este conjunto maravilloso de vestigios y construcciones atrevidas con detalles no terminados por la falta de recursos que cobijó á la mayor parte de las catedrales de Europa, tiene Sevilla edificios sin influencia antigua como el Consulado, cuya construccion es robusta y tétrica como la época en que se hizo (1585) por Juan de Minjares; la fábrica de tabacos todavía mayor y más sólida, gran edificio del tiempo de Fernando VI, sin interés monumental; el Palacio de San Telmo, colegio de Marina del siglo xvii, estilo barroco y decadente, hoy restaurado y lujoso en poder de los Duques de Montpensier; el del Arzobispo de igual época y sin interés arqueológico; la iglesia del Salvador donde hay esculturas de Montañés; la Universidad; Santa Ana, iglesia gótica; la torre árabe de San Márcos; de Santa Marina con otro alminar; San Martin, San Pedro y otras con abundantes obras escultóricas que abundan en Sevilla, y pinturas de una brillante escuela de color que no se halla en parte alguna. Véanse sino los cuatro cuadros de Murillo que hay en el Hospital de la Caridad; los de Leal, Atanasio, Cano, Herrera, Pacheco, Rodas, Valdés, Zurbarán y otros muchos que se hallarán en el Museo provincial, cuyas galerías encierran la más rica coleccion de pinturas de Murillo, y cuya fama es superior á todo encomio. Por esto sólo, merece Sevilla ser visitada con entusiasmo.

En este mismo Museo hay una coleccion de objetos arqueológicos traídos de Itálica, antigua poblacion romana que se encontraba á una legua de Sevilla y de la cual no se contempla hoy más que un inmenso circo de tres cuerpos de anfiteatro levantados con muros y bóvedas de cuatro metros de espesor, cuya obra estaba revestida de sillerías y decorada de mármoles y estátuas. La Comision de monumentos cuida hoy de conservarlo. Recomendamos su grandeza é importancia.

Son innumerables los objetos de construcción que procedentes de Itálica hay repartidos en toda esta comarca, la mayor parte utilizados por los árabes en sus mezquitas y casas, dando á la estructura un carácter especial de romanismo del peor tiempo que rebajó la forma de

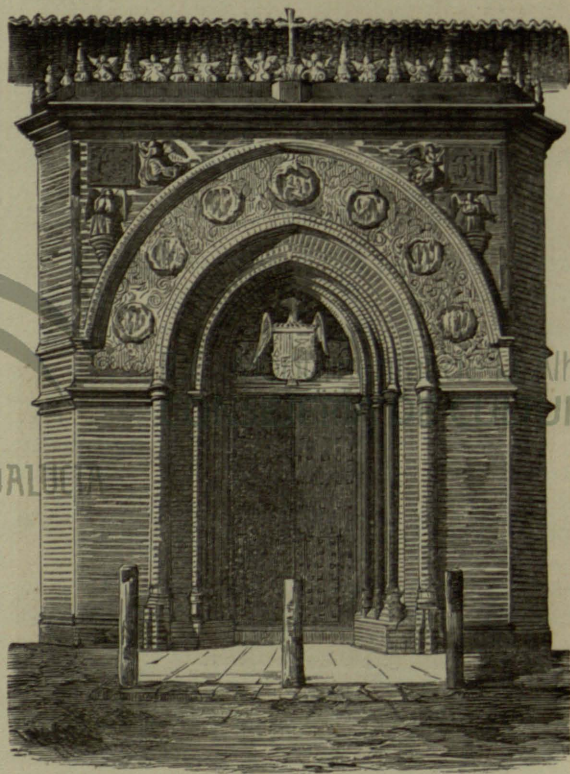


Ruinas de Itálica.

los arcos y produjo la doble construcción de estos y la reducción de los techos. Esos vestigios se ven también en las obras de los siglos XII al XV, en la fábrica de la Catedral y en muchos conventos y capillas.

Después del renacimiento, Sevilla ofrece un plateresco excepcional

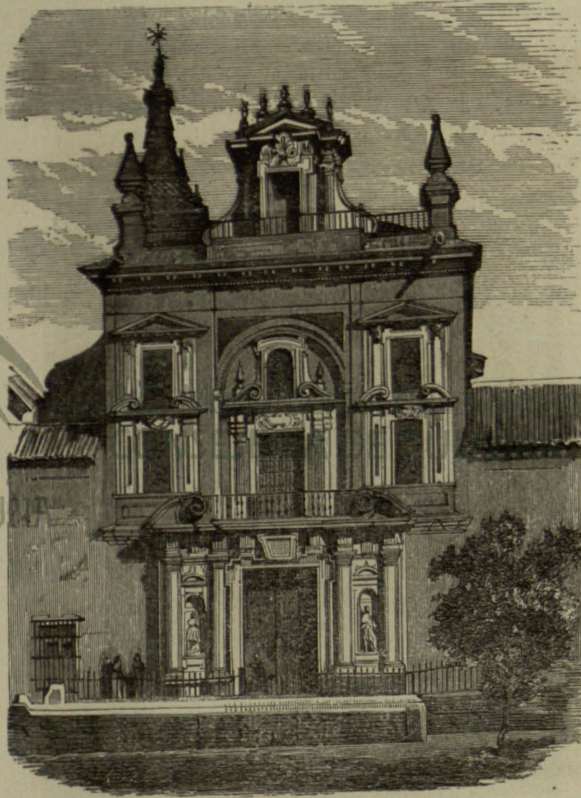
enriquecido de esmaltes y con multitud de fajas, pilas, zócalos y frontispicios hechos de azulejos y ladrillo rojo que no se ve más que en algunos puntos de Italia, pero que aquí forma el exclusivo tipo al cual se subordinan todas las obras de no lejano período; estilo nada bello



Gótico mudejar.

si bien es caprichoso y sensible á las traserías mudejares con las siluetas absolutamente churriguerescas. Los ornatos de piedra y yeso entremezclados á los esmaltes y ladrillos justifican este calificativo.

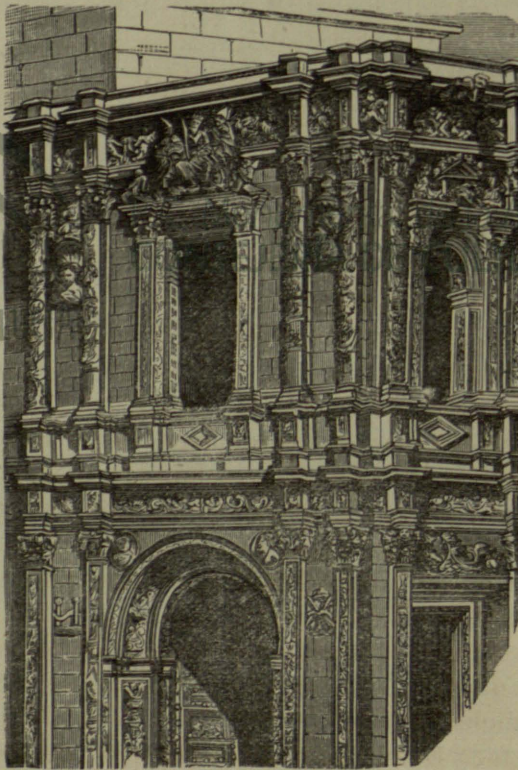
Hay todavía en esta poblacion el testimonio de la influencia gótica cuando el árabe desaparece y se entrega poco á poco á la inspiracion ojival, envolviéndose en sus hornacinas, acentuándose en los tímpanos con cartelas de leones y matacanes con lóbulos y pirámides estriadas, y rebajando los arranques de los arcos á la usanza musulmana. Las porta-



Fachada del Hospital, Sevilla.

das, claraboyas y rosetones de algunas iglesias están levantadas con ese estrecho espíritu de transicion tan notable como raro que hemos observado en tres ó cuatro puertas de otras tantas iglesias de los siglos XIII y XIV verdaderas curiosidades arqueológicas, tanto aquí como en Córdoba y pueblos circunvecinos.

Falta á esta ligera revista una mirada de admiracion á la antigua casa de Ayuntamiento, donde un estilo fastuoso de reminiscencias paganas y piadosas, fantástico hasta lo sumo y altamente delicado y artístico, se ostenta bellissimo más por el ornato que por las proporciones. El renacimiento de Sevilla, protesta del fatalismo mahometano, se levanta risueño y lleno de esperanzas como la civilization que le da aliento; no pide á ninguno de los estilos de la edad media alimento para decorarse, busca el clásico de edad más remota y se manifiesta en este edificio sin concluir, rico de imágenes y potente para ataviarse; es un ejemplar digno de toda alabanza que el tiempo destruirá sin que se haya reproducido en lo que se construye nuevamente para completar la fábrica de todo su plan y alzado.



Casa Ayuntamiento de Sevilla (Renacimiento).

PARTE TERCERA.

ÚLTIMO PERÍODO.

DESARROLLO DEL ARTE ORIENTAL EN ESPAÑA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Era tanta la ignorancia de ciertos tiempos sobre la cultura de los árabes españoles, que autores cristianos suponen las mezquitas adornadas con ídolos como los templos paganos; y á juzgar por los romances de la Edad Media, era tal el criterio sustentado sobre las ciencias de los mahometanos, que se atribuía no á hombres sino á una legion de demonios el poder y la magia ejercida por el génio de los nuevos dominadores de España. ¡Y qué mucho si aún en nuestros días no se ha olvidado ese don misterioso de profecía que se atribuye al *Calendario*, cuyo libro es siempre el que más se encuentra en la mayor parte de las casas españolas! *El manak* (1) que habían difundido los árabes por toda Europa, se inventaba por astrólogos espa-

(1) Los hay del año 1245, y sabido es que los Alejandrinos tuvieron almanaques sacados de las tablas que tenían labradas los Egipcios desde muy remota antigüedad.

ñoles, los cuales adquirieron inmensa y diabólica fama de sobrehumana inspiracion. De tal modo era temida la ciencia de algunos cristianos que habian ido á aprenderla en las academias y universidades de Córdoba y Sevilla, que más de un sacerdote perdió al volver á su país la facultad de mandar comunidades religiosas, y áun corrieron algunos riesgos, en momentos de calamidades públicas, suponiéndose éstas ocasionadas por los maleficios de esos sábios sospechosos de malas artes (1). Hasta los albores de las ciencias químicas que habian de desarrollarse en el cerebro de Nostredamus, Raimundo, Kiot, etc., conseguian en España el éxito que más tarde habia de dar tan pasmoso resultado; y hasta los prodigios que principiaba á revelar la ciencia astrológica y la conformidad en muchos casos con los pronósticos que una azarosa experiencia habia arrojado en sus libros, fueron causa de que adquirieran un influjo, al cual no ha podido escapar la civilizacion moderna. Las ciudades principales de España fueron, pues, el emporio de las ciencias físicas y astronómicas; y si ignoramos el número de franceses, alemanes ó italianos que venian á estudiar á Córdoba y Toledo, ó si el Papa Silvestre II recibió en Barcelona y no en Córdoba su instruccion, lo cual podrá ser discutido eternamente por los corifeos de ciertas escuelas, sí sabemos con exactitud que la ornamentacion árabe se copió en Italia, Francia y España, demostrando la intimidad de las relaciones internacionales, y que cuando se conquistó á Granada pasaban de 25.000 los extranjeros que residian en el reino, enriquecidos del tráfico con Venecia, Marsella, Constantinopla, etc. Las pinturas de la Sala de Justicia, confusamente atribuidas á artistas cristianos del siglo XIV, nos indican cuán fácilmente pusieron en ejecucion obras, que sin el trato comun con los extranjeros, les hubiera sido imposible ejecutar. ¿Por qué, pues, poner en duda que la

(1) Cuentos como el de Aldiño, se refieren de Gerbert, el Papa Silvestre II; pero no es preciso que citemos á este venerable prelado para hallar la historia del Santo Grial y otras.

nigromancia se aprendía en Toledo en el siglo XI, únicas escuelas á donde venían á estudiarla jóvenes de Suabia y de Baviera? (1) Si tal menosprecio se ha querido hacer de las ciencias químico-físicas de los árabes, debería haberse empezado por destruir los monumentos, quemar sus libros, los pergaminos de realce, romper los esmaltes y sus barros cocidos, borrar los colores de sus telas y los que se ven en los muros de sus casas, y sobre todo descubrir si en el resto de Europa se fabricaba con más perfección ó había más recursos industriales y mecánicos que los desplegados por ellos.

Sin aducir textos de obispos (2) ni de otros no menos venerados autores, porque no intentamos sacar las pruebas de lo que exponemos, fuera del dominio del arte y de la industria, sucedía entonces lo que acontece ahora con ese prurito de buscar en París y Londres alivio á males incurables, recetas á métodos desconocidos de fabricación, y aliciente á las empresas científicas. Monarcas de León y de Asturias trataron y utilizaron sabios árabes de Córdoba y Sevilla; y Gobmar escribió en árabe historias para que se aceptaran en la corte de Hakem II. Aparece verdad que estas cordiales relaciones eran entonces como ahora sostenidas principalmente por las familias aristocráticas en lo que se refiere á las monarquías españolas y árabes, y que el pueblo visigodo en general, tenía antipatía á los dominadores.

Si después de la toma de Toledo por D. Alfonso es cuando, según los datos de algunos autores, principia á ser visitada por extranjeros y por clérigos españoles esta ciudad, para adquirir conocimientos sobre la hechicería, la alquimia y el álgebra, queriendo demostrar que no se debía á los árabes la enseñanza de tales ciencias, este error supone á nuestra vista poco conocimiento de aquella civilización y del organismo de la sociedad mahometana en contacto con

(1) Heistorbarch I, pág. 279.

(2) Los de Juan, el presbítero Daniel, Reinaud, etc.

los mozárabes, ni de los auxilios que de judíos y musulimes recibieron las córtes de Don Jaime y de Don Alfonso, ni de cómo era considerada la lengua sábia del korán, no habiendo otro génio en las artes que el inspirado por las obras de los musulimes, segun puede verse todavía en los raros objetos de aquel tiempo conservados á duras penas entre nosotros.

El arte de cincelar los metales es una prueba clara de lo que exponemos. Nada más sorprendente en su género que esos trabajos á buril de las armaduras cristianas, ántes del renacimiento; trabajos que se extendieron por la mayor parte de Europa, donde se ven lujosísimas armaduras fabricadas con los ornatos árabes levemente modificados por el gótico, las incrustaciones de oro y plata embutidas en el hierro con pasmosa perfeccion, que no se hallan iguales de anteriores épocas, todas hechas en las fábricas de Toledo, Valencia, Sevilla, etc. y de manos de los artífices instruidos en estos incomparables centros del arte árabe, únicos florecientes en aquella época.

Y cuando de tal modo se extiende su influjo, es ocioso referir lo mucho que sobre su literatura y poesía han escrito eminentes orientalistas, sosteniendo la existencia de toda una literatura aljamiada extraordinariamente difundida, que cuenta obras maestras procedentes de aquella civilizacion cuyos prodigios se están revelando todos los dias.

Una consecuencia muy legítima del elevado estado de las artes en todas sus ramificaciones, es el magnífico aspecto de los jardines que rodeaban los pintorescos palacios de la sierra de Córdoba, los de Guadamar, de Ruzafa, de Saad, y tantos otros que nos pintan las seductoras casidas de la poesía arábica. La ciencia de trazar los edificios se hermanaba con la de arreglar los jardines, alinear las plantaciones y combinar el aspecto de los vegetales para producir decoraciones hasta cierto punto arquitectónicas. El desarrollo que en tiempo de Luis XIV tomó en Francia la

idea algo antiestética de imitar con los arbustos los órdenes greco-romanos, las columnatas, arcos y bóvedas, tenía más antiguo origen; y aunque los normandos en Sicilia habian dado muestras de ello, es indudable que en los jardines andaluces se hacian decoraciones del mismo género, con la diferencia de que éstas, tomadas de una arquitectura más delicada y ménos severa, produjeron verdaderos *oasis* de sin igual encanto, cuyas reminiscencias se notan todavía en algunas comarcas de este bello país.

Sin que tratemos de ocultar el interés que nos ofrece el parque moderno, hermosa ostentacion de la más vigorosa naturaleza dominada por la inteligencia del hombre con el constante auxilio de la máquina, tiene su belleza relativa la simetría reguladora de aquellos jardines, que ondeaban pabellones como arcos estalactíticos, que recortaban en los cipreses remates y obeliscos imitando alminares; que tejian las hojas trepadoras con los vistosos encañados remendando los azulejos de sus palacios; que hacian grutas á manera de templos, y cruzaban arcos de ramaje como los arcos de piedra de la mezquita de Córdoba. Es un error suponer monotonía en esta clase de jardines, cuando lo que se nota es un refinamiento exagerado, demasiado deseo de subordinar las galanuras de las flores á curvas, líneas y tracerías fantásticas que ofrecen un peculiar encanto en aquellos países donde el campo todo es un vergel frondoso, especie de parque silvestre que tal vez no necesita del cuidado del hombre para compararse con los de las antiguas ciudades romanas y bretonas. El jardín simétrico, hecho como los de Andalucía, sin que se mezcle el estilo demasiado severo y fastuoso que se nota en los palacios de los reyes de España construidos con posterioridad, ofrece indudable belleza, cuyo origen hay que buscar en las descripciones de los poetas orientales, ó cuando alguna fiel imagen de ellos hallada en modestas casas de nuestro país, nos obliga á reconocer sus encantos.

Hemos visto en el perímetro ocupado por los restos del

antiguo palacio del Chapiz (1), removiendo el suelo de un dilatado patio, la antigua traza de un jardín con estanque en el centro surtido de juegos de aguas, arriates y márgenes á manera de laberinto; las glorietas y asientos de mosaico de gruesa labor formada de piedrecitas de colores, y algunos restos de figuras enlazadas con grandes letras formadas de arrayanes. No es, pues, tan distante de aquel gusto lo que todavía se construye al rededor de los palacios modernos; y ni las figuras hechas de jazmines, ni las doncellas de flores, ni los asientos de enredaderas y hiedra de la famosa pila de Almanzor, fueron creaciones de la poesía, sino hechura del arte, que alcanzaba á todo lo que podia halagar el sentimiento de aquellas ilustres generaciones.

Muy apasionado debía ser á la música y cantares el pueblo que construyó la Alhambra, por más que este arte viviera todavía tan en la infancia como entre los antiguos pueblos de Oriente; pero no debemos buscarlo con ese espléndido lujo de armonía y de instrumentación que le vemos hoy, sino que considerado como el más dulce, tranquilo y misterioso lenguaje del corazón, la canción árabe es quizá la más tierna y expresiva que se oyó en la edad de las rudas fatigas, y de las belicosas al par que insaciables ambiciones. No conocemos canciones españolas anteriores á la época árabe, y á las que contamos posteriores, les damos aquella procedencia, porque los viajeros que recorren las costas africanas oyen entre los moros los mismos cantos de Andalucía, la misma cadencia, el aire reposado y el eco sentencioso de las preciosas cantinelas que aún se conservan entre nosotros. Alguna música recogida al oído con motivo de la reciente campaña de África y que hemos tenido ocasión de apreciar (2), tiene mucha semejanza con las gallegadas y el zorzico, cosa que nos ha

(1) Hace poco tiempo ha sido derribada la mayor parte de este lujoso aposento que ocupaba una de las más ilustres familias árabes de Granada. Apenas queda hoy un tercio de él.

(2) Nos han asegurado que la trajo el orientalista Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara.

sorprendido extraordinariamente, infundiéndonos la sospecha de si estos cantos fueron tomados de los españoles, lo cual es muy posible, sin que por esto dejemos de conocer que toda la música de aquellos pueblos es completamente andaluza, llena de la inspiración, originalidad y galanura que todos le reconocen.

Dados á la música y al baile, los árabes recuerdan los trovadores de la Provenza y la existencia de los juglares que invadían las calles sin otro modo de vivir que cantar y herir sus instrumentos de cuerda, cuero y madera, entre recitados, para entretener á los ociosos de las plazas públicas. Conocidos son también los regalos que recibían de los reyes los que cantaban con perfección, á juzgar por la historia del cantor Zirjab que Abderahman II hizo venir de Bagdad á Córdoba. Escritos hay libros teóricos sobre este arte y el que se hizo de cantares andaluces para competir con los de Persia, da buen testimonio de que no estaba descuidado este precioso don, grato solaz del alma humana (1).

Y ¿cómo había de estarlo?... Por más que se separe en el dominio de su manifestación la música de las demás artes, ha seguido con ellas la ley de las transformaciones sucesivas. Cuando más portentoso fué el espectáculo dado por aquellas, más notable fué también el amor ó el sentimiento de admiración por la música en todos los pueblos de la antigüedad, hasta la aparición de los grandes maestros. Coincide siempre con la arquitectura más que con la escultura, y mucho más que con la pintura la simpatía por el lenguaje del sonido; parece como que una y otra sacan de la imaginación sus formas lejos de la realidad; ambas combinan líneas, espacios ó tiempos, con lo cual se produce simetría y eurytmia, y los sonidos, apoyándose en el número y la cantidad, producen también la expresión viva de los sentimientos, más profundidad en variedad infinita de imágenes; como la arquitectura, apoyándose en la masa inmóvil

(1) Ben Jaldum.

y pesada, crea lo mismo que aquél una forma real, confusa, indefinible y vaga, de emociones simpáticas, existiendo, pues, en ambas una misma cualidad, aunque la esfera de acción en la música y arquitectura se extienda en distintos horizontes. Es lógico que los pueblos que tanto se extasiaban con el conjunto de formas imaginarias; que querían hallar sobre los paramentos de los palacios la multiplicidad que se combina y se deshace y vuelve á renacer como ondulaciones de colores que no se palpan, como las estrellas que cien veces parecen aumentarse en número, tuvieran predilección por el sonido de tal modo manifestado, constituyendo la esencia y la existencia de otro sér oculto, abstracción pura y sencilla que se aleja de nuestro modo de ser práctico, y nos revela una segunda naturaleza más moral y elevada que la que nos sujeta á la tierra.

Aquel pueblo lleno de emociones íntimas, de agudos sentimientos, tuvo, pues, pasión por la música. Hizo en este arte lo que sus predecesores, que ya habían inventado el acorde y la armonía y pulsaban arpas y cítaras; pero les excedieron en lo sentencioso del canto y en el acento de la pronunciación musical. Así es que no hay canciones que hieran más el sentimiento que las que se conservan entre el pueblo andaluz, canciones muy antiguas, las cuales se perpetuarán por largos siglos, y serán escuchadas siempre con profunda emoción.

El ornato del edificio, como el acorde, son dos cosas que se explican y se razonan del mismo modo: cuando la obra está terminada no se puede preguntar al artifice por qué pone sobre el tímpano ó en las cornisas molduras innecesarias, y estas las interrumpe para establecer un cuerpo más realizado de construcción que acusa otro género; porque no sabría contestar razones concluyentes y absolutas. Lo mismo diremos de la música. En uno y otro arte, aunque tan diversos ligeramente mirados, no hay más que la medida, que la regla, que lo regular y compasado; la confusión, el desorden, la irregularidad destruyen la obra. Es en

la simetría de la forma donde ese arte encuentra más identidad con los demás efectos de la belleza, y por eso al citar este brillante período del genio sarraceno, no podíamos prescindir de un recuerdo á esas dulces melodías que se inspiraban en el voluptuoso encanto de los alhamíes, en el murmullo de las fuentes que se deslizaban al pié de los divanes, y en la agradable y dulce contemplacion de los sombríos aposentos matizados de brillantes colores.

El palacio de la Alhambra expresa el punto culminante de siete siglos de cultura, y lo que es más digno de atencion, el tránsito del puritanismo de las escuelas coránicas de Oriente á la expansion ideológica, al par que tolerante con que se anunciaba el Renacimiento en el siglo XIII. La ciencia, la literatura, el heroísmo de la pasion, el militarismo caballeresco que tan hondas raíces echó en nuestra patria, la tolerancia política que entónces no podia llamarse libertad, el culto á los sábios á los inspirados y á los valientes, la predileccion por el arte y el amor á la popularidad que hizo caer á los magnates en crímenes de vanidad ó de ambicion, cuantos signos, en fin, pueden revelar en un Estado el desarrollo del poder civil como principio de adelantamiento, todo se halla indicado con más ó ménos claridad en el recinto murado de esa construccion medio ruinosa, mitad restaurada por lentos trabajos de cuatro siglos, mitad escombros removidos ó rebuscados por infatigables viajeros que han descortezado los tabiques para arrancar sus ornatos y filigranas; todo se descubre allí al espíritu verdaderamente investigador, que no desprecia los fragmentos carcomidos, ni lo tenebroso de aposentos subterráneos, ni las hue llas impresas en lo más recóndito de sus anditos y alhamíes.

Ese palacio no es solo un sistema encantador de caprichosos ornamentos, cuya originalidad nos arrebatara, sino que revela el secreto de los últimos dos siglos de dominacion árabe; explicando por qué artificio no pudo consumarse la ruina del poder sarraceno en nuestra patria inmediatamente despues de la conquista de Sevilla; y por qué las

armas victoriosas de nuestros abuelos se embotaron si no se rindieron ante esa ilustre ascendencia de la dinastía granadina, que estrechada en un recinto pequeño y asediada por la heroica restauracion cristiana, brindó muchas veces la paz á sus enemigos, paz que éstos le otorgaron más por respeto á su sabiduría que á sus caudillos y legiones.

¡Siglos que proclamaron el poderío de aquel pueblo, abriendo sus *madrizas* á los hijos de los príncipes contra quienes luchaban; celebrando torneos como galantes amigos, ofreciéndoles sus artes, regalándoles los bellos productos de sus lujosas industrias en sedas y labores de mano, y convidando á los fuertes capitanes que los asediaban á espléndidas monterías, donde en culta competencia lucian sus vestidos, sus armas y su agilidad. Edad sublime que no se ha estudiado todavía cual se merece por odio religioso ó por feroz aborrecimiento, hijo de la indignidad á que se vió reducida la noble raza española!

La Alhambra se levantó como todos los edificios clásicos de la antigüedad en esa época culminante, desde la que comienza para los pueblos su inevitable decadencia y ruina; y este período más floreciente del arte, es tambien el que presta ocasion á que las ideas se extravíen por el deleite hasta el delirio. Apogeo descendente de la civilizacion que es preciso sorprender para reconocerle, sin preocuparse de sus encantos y no pervertir el gusto con el éxtasis de una ardiente contemplacion.

El que viene ascendiendo por el estudio de los monumentos de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, etc., deja en su inteligencia un vacío que no satisface, é involuntariamente recuerda á Cairo, Túnez, Fez, llegando á elevarse por encadenadas deducciones hasta las mezquitas de Constantinopla, las tumbas del Afganistan y las antiguas pagodas de Dehli. El arco de herradura, propio de la arquitectura militar y religiosa de aquellas comarcas, forma la más original del género, se aplicaba en España, como ya hemos citado, en los primeros tiempos árabes, y las techumbres